





¿MATARÍA USTED  
POR SALVAR  
*LAS MENINAS?*



Elías Llamazares

¿MATARÍA USTED  
POR SALVAR  
*LAS MENINAS?*



Primera edición: enero de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Elías Llamazares

ISBN: 979-13-87612-26-9

ISBN digital: 979-13-87612-27-6

Depósito legal: M-28025-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Isbert y Gwendolyne me han pedido  
que la dedicatoria de la novela sea para  
María del Carmen García Alba  
y lo hago con cariño*



*No se nos podía escapar y el corro se iba cerrando. Yo no sé de dónde salió El Gitanillo, se adelantó hacia El Legionario con una navaja automática. Me fui rápido a por él, lo cogí del brazo y le grité «TÚ NO» varias veces, y lo empujé hacia atrás...*



## PRÓLOGO

En la Comisaría Centro de la ciudad de Madrid hay un despacho destartalado pero limpio, situado en la planta baja, muy cerca de la entrada. En él hay una pizarra, un ordenador y dos mesas: una ocupada por Isbert con varios papeles ordenados en montoncitos según el tema y en la otra, situada a su derecha, se sienta Gwendolyne, su mesa es la mejor representación del desorden, buscar un informe es una tarea complicada que solo él acaba encontrando. Son dos policías muy conocidos en los bajos fondos del centro de Madrid como Plaza Mayor, calle Carretas, Plaza Benavente, plaza Tirso de Molina...

Isbert es un policía mayor a punto de jubilarse, de baja estatura y de voz ronca, que recuerda al gran actor José Isbert. Su aspecto bonachón no refleja su verdadera personalidad profesional, pues es un policía duro, intransigente y muy sagaz, con una mirada profunda que se clava en los interrogados. Su imagen personal confunde a los maleantes, que entienden que también es así profesionalmente y fácil de engañar. Un gran error.

Esta confusión la aprovecha y le ha permitido resolver casos difíciles. El delincuente, confiando en su aspecto inofensivo, al inicio del interrogatorio responde a las preguntas con cierta despreocupación, sin creer ni en su autoridad ni en sus conocimientos, pero lo termina acojonado. Su honestidad nunca se ha puesto en duda, siendo muy respetado por sus compañeros. Él ha elegido como ayudante a Gwendolyne, cuando nadie lo quería.

Gwendolyne es un policía joven, alto y desgarbado, con unas piernas largas, que se adivinan huesudas debajo de unos pantalones vaqueros estrechos; sus piernas se mueven descontroladas: si una va hacia un lado, la otra hacia otro, pero siempre acaban yendo, incompresiblemente, hacia donde él quiere ir. Cuando en un interrogatorio lo considera necesario y siempre con una finalidad clara de confundir, canturrea la canción Gwendolyne de Julio Iglesias. Todo esto despista a los interrogados, más atentos a sus movimientos que a sus propias contestaciones, como si todo fuera una comedia cómica, hecho que le sirve para hacer las preguntas más incisivas. Los trileros, carteristas, putas, indigentes... de la zona saben que cuando canturrea la canción y da vueltas a su alrededor de ellos mal va a ir la cosa; es que está pensando y esperan silenciosos alguna pregunta que les obligará a decir la verdad.

A todas estas personas que viven en el límite de la ley, que pululan por esta zona, no les ha costado mucho ponerles los motes, por su voz en el caso de Isbert y por su canturreo en el caso de Gwendolyne, aunque se

refieren a ellos con respeto por sus años de convivencia, que aprovechan unos para obtener informaciones y otros para aprovechar la vista gorda de los policías en sucesos de poca monta.

Ya hasta sus compañeros y jefes los llaman por sus apodos. Son dos policías muy singulares. Los dos en perfecta sincronización usan sus miradas, incluso los silencios, para comunicarse el camino a seguir en las entrevistas.

Entre sus compañeros Gwendolyne es motivo de bromas cariñosas, pero reconocen su eficacia. No obstante, en la comisaría hay compañeros que piensan que sus pasos descontrolados y el canturrear esa canción lo hace intencionadamente, cuando a él le interesa. Nadie se pone de acuerdo.

También cerca de la entrada hay pequeño habitáculo donde Carmen tiene una doble función: recepcionista, muy puntillosa con las personas que quieren entrar, y telefonista para las personas que no saben el teléfono directo.



Me despierta la sirena de una ambulancia. Con los ojos bien abiertos espero a que pase de largo para volverme a dormir, pero es en vano; su sonido se hace insoportable a estas horas de la noche. La ambulancia para cerca de mi balcón. A mi mente vienen recuerdos de las muchas sirenas de coches policías, y también de ambulancias, que durante mi vida profesional en la Guardia Civil he tenido que soportar.

Una voz aguda rompe mis recuerdos.

—Capitán, han matado a El Legionario.

Reconozco la voz de La Lagartija, me levanto y voy al balcón todo lo rápido que mi rodilla derecha me permite. Un disparo de un narcotraficante me dejó este recuerdo: «Capitán, para que no se olvide de mí», y acercó su pistola a mi rodilla; el sonido del disparo y sus consecuencias ya forman parte de mi vida.

La voz de La Lagartija es cada vez más fuerte.

—¡CAPITÁN!

Abro el ventanal.

—Han matado a El Legionario.

—Ya bajo, pero deja de gritar.

Voy al centro de la plaza Benavente, dos coches policías y la ambulancia rodean un bulto en el suelo. Las luces intermitentes azules y amarillas de los coches, dan más la sensación de fiesta que de un momento triste. No necesito identificarme: los policías son los habituales de la plaza y alrededores y me conocen. Frecuentemente tenemos charlas, cuando bajo a sentarme en uno de los bancos de la plaza, cambiamos impresiones de todo lo que ocurre en esta zona de Madrid. Me siento muy respetado por ellos, a mi edad y con mi soledad, me dan ánimos para acabar con esos días que no tienen fin.

Uno de los policías levanta la lona que cubre el cuerpo del muerto.

—Capitán, ¿lo conoce?

—Sí, es El Legionario, un indigente habitual de la plaza. No me extraña que lo hayan matado, tenía muy mal carácter y muchos enemigos aquí y en la plaza Mayor, donde vivió un tiempo hasta que lo echaron. Realmente no era legionario, intentó entrar en la Legión y fue rechazado, pero él decía que lo era y de hecho vestía como si lo fuera.

—Yo estaba seguro de que era él, pero prefería que usted me lo confirmara.

La cabeza de El Legionario reposa sobre un bordillo que delimita una zona ajardinada, que a su vez rodea una escultura que el Ayuntamiento de Madrid levantó para embellecer la plaza. El ayuntamiento también dijo que era una escultura que le debía a los indigentes para dig-

nificarlos. La imagen de la plaza estaba y está muy deteriorada con los mendigos, que son muchos, también por las putas, que no son menos numerosas. La escultura y su jardín han mejorado muy poco la plaza. Algunos indigentes que ocupaban el centro, se distribuyen ahora por varias zonas laterales de la plaza, con el consabido disgusto por el cambio. Las putas se sitúan en la zona próxima a la calle De la Cruz y cerca de mi casa, a donde se ha venido el grupo de indigentes de La Lagartija. Esto ocasiona frecuentes peleas.

Veo que un hilo de sangre sale de su cabeza, pero no es la causa de la muerte; tiene clavado un puñal en el corazón. Los profesionales del SAMUR solo han podido certificar su muerte.

Un coche negro y viejo para cerca de nosotros y salen de él un hombre bajito y regordete, cuya voz, que es inconfundible, recuerda al actor José Isbert, por eso su apodo; detrás de él, un larguirucho y desgarbado joven, cuyo apodo le viene de canturrear la canción de Julio Iglesias en cualquier momento y lugar. Son El Isbert y El Gwendolyne, policías pertenecientes a la Comisaría Centro y, por lo que veo, asignados a este caso. Nos saludamos.

—Hola Gutiérrez, ¿cómo te va la rodilla?

—Bien, Isbert, ¿cuándo te vas a jubilar?

Mientras cambiamos bromas y recuerdos entre Isbert y yo, Gwendolyne da vueltas alrededor del cadáver canturreando.

—Jefe, tiene clavado un puñal en el corazón.